Comentario

TOMAS RUEDA VARGAS

El hilo tenue de una amistad familiar, que también va para los cien años, me incita, de nuevo, después de tres lustros, a hablarle a la gente joven de Tomás Rueda Vargas, con ocasión del centenario de su nacimiento.

Quisiera empezar con un poco de perspectiva. La distancia entre la fecha de su nacimiento y las guerras de Independencia era apenas de sesenta años. Algo semejante a la distancia que hoy nos separa de la primera guerra europea. Otro santafereño, don Frank A. Koppel, nos relata en memorias, escritas para sus nietos, sin ningún afán literario, cómo era la ciudad de entonces. Contaba apenas con cuarenta mil habitantes y aún circulaban por las calles empedradas de la aldea gentes que habían participado en la Emancipación, como don José María Espinosa, el abanderado de Nariño. El mismo don Tomás Rueda Vargas nos describe en una de sus crónicas cómo, al pie de aquella casa de la calle de San José a donde abrió los ojos a la vida, la familia del propio Nariño seguía alumbrando piadosamente, a través de los tiempos, desde la lejanía de la Colonia, la casa de la esquina, en donde se veneraba la imagen del Santo. "Conocí —dice— al Patriarca alumbrado por una lamparilla alimentada con aceite; más tarde pasó a esperma, protegida por un guardabrisa de cristal; luego se colocó a su lado un pico de gas, y desde principios de este siglo una lamparilla eléctrica realiza el piadoso voto de la señora abuela del Precursor". Se vivía, pues, con la historia, en aquellos años, cuando las que hoy son figuras legendarias eran frecuentemente comensales y huéspedes de las casas bogotanas. El sentimiento de la Patria estaba a flor de piel. Rígidos preceptos morales seguían siendo patrón de la conducta individual, desde los más remotos tiempos, antes aún de que los jueces de residencia, cobraran fama de implacables y severos en el nuevo Reino de Granada.

Hay algo que es necesario tener en cuenta para entender nuestra historia y nuestro desenvolvimiento como Estado. Colombia, como nación independiente, fue durante el Siglo XIX, uno de los países más pobres de Amé-

rica. Crecimos y nos formamos bajo el signo de la más absoluta penuria, sin comunicaciones entre las diversas provincias y con muy escasos contactos con el mundo exterior. Mientras en Chile, en el Perú, en el Brasil, para no hablar de la Argentina o de México, el comercio internacional era del orden de $30.000.000, $45.000.000 y $90.000.000, el nuestro no llegaba a los $11.000.000. Por esto dice Frank Safford, que "los ingresos combinados del Gobierno nacional y los gobiernos estatales ascendían más o menos a unos 10.000.000 a finales de 1870, en contraste con 50.000.000 en Brasil, más de 65.000.000 en el Perú y más de 16.000.000 en las repúblicas de Chile, Argentina y México". Y Vasconcelos anota cómo en el crepúsculo de la Colonia era más importante, como urbe cosmopolita, la ciudad de México, que podía hombrearse con las capitales europeas, y señala como índice de su desarrollo y progreso, el que hubiera más carruajes tirados por caballos en la capital del Virreinato de Nueva España que en la capital de la metrópoli. En Bogotá, en cambio, no ya en la Colonia sino para la época de la celebración del primer centenario de la Independencia, eran tan contados los coches que, entre las páginas más amenas de Rueda Vargas, está la evocación de aurigas y caballos, con sus correspondientes genealogías, tal como los conocían los bogotanos raizales, en cifras tan reducidas que no era menester computador alguno para almacenarlas. Nuestra propia Iglesia Mayor, la Catedral Primada, es modestísima fábrica, frente a los templos revestidos de piedra y mármol que exornan las capitales latinoamericanas. Un ambiente de austeridad, presidió, hasta bien entrado el Siglo XX, el sosegado discurrir de una sociedad en donde la pobreza nivelaba por igual a los pretendidos ricos y a los llamados pobres. ¿Cómo comparar las casas de Lelarge con las mansiones de México, Lima o Buenos Aires?

El aislamiento tenía sus compensaciones espirituales. Los viajeros que llegaban hasta el altiplano eran gratamente sorprendidos por la cultura de que hacía gala una sociedad cuyo mayor esparcimiento residía en el cultivo de las letras y la música. Fue así como Bogotá pudo ufanarse, por varios lustros, del generoso calificativo de "Atenas-Suramericana", que se le atribuyera.

Curiosamente, el modernismo en sus diversas manifestaciones, nos fue llegando con gotero. Mientras José Asunción Silva, para la época de su suicidio, había intentado familiarizar a sus coterráneos con la poesía moderna, que en los próximos treinta años se abriría camino en toda América, Santamaría comenzaba a balbucear, en el lenguaje de los impresionistas franceses, y Uribe Holguín aprendía al lado de Vincent D' Indy la revolución musical, la prosa seguía siendo la misma, una imitación del castellano del Siglo de Oro que, aún en nuestro tiempo, conserva cierta vigencia para hacerse acreedor al título de escritor atildado, entre los jóvenes, y hace caer en el ridículo a quienes entre nuestros periodistas y políticos, se sienten clásicos con solo sustantivar el infinitivo y usar giros tan poco frecuentes entre nosotros como aquel de "como no digan dueñas" o "se fue en pavesas" o "saber de buena tinta", que aparecen postizos y afectados. Un gran prosista, como don Marco Fidel Suárez, que en vano tratan de imitar gentes de mi generación, prolonga en el tiempo el estilo convencional de los clásicos españoles, que el humanista colombiano conocía tan profundamente. Yo quiero decir que, para mi gusto, para mi propio paladar, el mejor prosista que produjo Colombia en los primeros cincuenta años del Siglo XX fue don Tomás Rueda Var-

gas. Mientras sus contemporáneos y los adalides de la generación del Centenario trataron vanamente de remozar la prosa castellana, apelando a formas rebuscadas y ampulosas, los unos, y otros recurriendo a un género difuso y excesivamente retórico, culterano, en ocasiones, Rueda Vargas, a la par con "Calibán", conserva una frescura literaria que no se amengua con el transcurso de los años. Conoce, como ninguno, los secretos del idioma. Diríase que, por la concisión y la transparencia de su frase, se hubiera formado en el más riguroso aprendizaje del latín, con toda su economía verbal. Si quiere ser lírico, alcanza dimensiones insospechadas, en un tono menor, que jamás lo hace desmerecer a los ojos del más severo crítico. Cuando apela al humor, con una socarronería de la mejor estirpe, ni se vulgariza ni se abarata, apelando a los albañales del idioma. Sus trazos son maestros y sus definiciones tan parcas y justas que algunas de ellas merecerían conservarse cinceladas en los pedestales de nuestros héroes. Dice, refiriéndose a Nariño, en palabras insustituibles. "Así debimos decir los colombianos cuando un siglo después hicimos un tardío desagravio a tu memoria, sobre esta tierra de tus amores, donde Bolívar fue la Independencia, Santander la República y tú, lo más grande y permanente de todo: la Patria".

Un escritor siempre está expuesto al ridículo, particularmente cuando los materiales con que trabaja son los de su propia vida y los de su época. Peor que al rídiculo, a la cursilería, que se va poniendo de manifiesto con el transcurso de los años. En el caso de Rueda Vargas asistimos al espectáculo de un raro sentido del buen gusto, de la discreción, que jamás nos permite encontrarlo fallo. Las evocaciones más íntimas, escenas de aquellas que se guardan para la crónica privada, consigue divulgarlas con tanta gracia y escepticismo que nunca quedan fechadas, identificadas con un período literario, con una escuela o con una capilla, sino que, por ser clásica y diáfana su prosa, acaba siendo perenne. Es, por excelencia, el antiacademismo. Un innovador que, posiblemente, no sabía a ciencia cierta cómo iba actualizando el idioma castellano entre nosotros, antes de que las nuevas generaciones, formadas bajo la inspiración de Ortega y Gasset, comenzaran a hacer del español una lengua más rica y flexible para el tratamiento de los problemas contemporáneos. El no haberse afiliado a ningún grupo, a ninguna escuela, a ninguna capilla, que lo habilitara de intelectual, es tal vez la razón para que no haya sido destacada suficientemente su contribución a las letras colombianas y a la propia enseñanza de la historia. "Apenas un cronista", suelen decir despectivamente algunos de nuestros críticos, cuando aún, si así fuera, su aporte al estudio de nuestro medio contiene atisbos sociológicos indiscutibles. En páginas de otras épocas tuve ocasión de describir el carácter de sus escritos, como su visión de la Sabana de Bogotá, en función de una fauna y una flora postiza, en donde la mano del blanco y del mestizo sustituyeron por un escenario europeo la parda monotonía de plantas aborígenes que los ojos asombrados de los soldados de Quesada descubrieron al final de sus penalidades. Quisiera en ésta ocasión referirme a su papel como maestro suscitador de las inquietudes, que brotan en las mentes jóvenes, al tratar de la aproximación al tema de la tierra.

Sabido es, por quienes conocen algo de su vida, la influencia que desempeñó en su formación intelectual, su madre, doña Bibiana Vargas de Rueda. Semejante a la Antígona de la tragedia griega, que se sacrifica por el padre ciego, le correspondió a doña Bibiana leerle en

voz alta los clásicos franceses a su padre por muchos años, cuando éste ya había perdido la vista, y era de asombro, según relata la tradición oral, cómo, con la facilidad de una intérprete múltiple, la hija mientras le leía al anciano vertía sin vacilaciones los textos franceses de Thiers y Michelet al castellano, en prosa de la mejor ley. Necesariamente tuvo que ser ella, la madre, quien le transmitió al hijo, prematuramente huérfano, la forma y el fondo de la historia, como la trataron los maestros franceses del Siglo XIX, desbrozando de un pincelazo el farragoso relato cronológico, que acaba por sintetizarse en una imagen afortunada. Tal Michelet, al cerrar el capítulo sobre el 9 de Thermidor y revelar las intrigas de madame Tallien, la hija del banquero Cabarrus, cuando dice: "Esa aventurera española ahogó la Revolución Francesa entre sus muslos". ¿En qué se diferencia este epitafio, con su poder descriptivo, del que don Tomás le aplica al primer Presidente de nuestra Patria, cuando dice: "En la picota, sobre la pálida cabeza del poeta, que muerto cambió el ceño arrogante del soldado por la honda expresión del pensador, escribieron los pacificadores un pregón, que creyeron de infamia y resultó de gloria. ¿Este es el estudiante García Rovira ejecutado por traidor?". No se escribía así la historia en Colombia antes de que apareciera la pluma de Rueda Vargas:

Su gran pasión fue la Patria, sentida, explorada en sus reconditeces, hasta identificarse con ella, sin saber, a ciencia cierta, si había participado en ciertos episodios y si había conocido de trato y comunicación a los forjadores de la nacionalidad. Entre todos ellos, Nariño, a quien Rueda Vargas asimila a don Quijote, como lo harían más tarde con don Tomás sus discípulos. Santafereños, el uno y el otro, manirroto el Precursor, como el señor de Santa Ana, soñadores, sin sentido práctico, que conocieron por igual el rostro amable de la fortuna y las horas de la adversidad económica, sin inmutarse, con el cristiano acento de: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó".

La Patria es toda una cadena de sucesos gloriosos, que la crónica recoge, al tiempo con la de los días aciagos. Es la vida cotidiana, la familia, las costumbres, la música. Es la religión, el ejército al que Rueda Vargas consagró buena parte de sus escritos y por el que profesó una devoción sincera y excepcional en aquellos años en un miembro de la oposición, cuando la hegemonía conservadora contaba con las fuerzas armadas como una herramienta electoral. El más inerme de los ciudadanos, el más pacífico de los contertulios en cualquier reunión, conocía las intimidades castrenses, como si en su juventud hubiera abrazado la carrera militar. Fustiga a los traidores, como Esteban Huertas, el boyacense que dirigió las tropas colombianas contra la integridad nacional en 1903, con una soberbia crítica a la carencia de profesionalismo en las filas de nuestra Fuerza Armada. ¿Cómo pudo sin haber viajado, hasta ya bien avanzada la edad madura, más allá de los cuatro caminos que comunicaban a Bogotá con el río Magdalena, tener tan claras las dimensiones de la Patria? ¿Cómo pudo arrancarle al idioma tan disímiles notas de gozo y de pesar, hasta orquestar las mini-sinfonías, que, como tesoros, encierran sus páginas? Me atrevería a asegurar que, sin la experiencia de un gran dolor, como fue haber perdido su padre a los tres años, nunca hubiera alcanzado las alturas a que supo colocarse para contemplar las debilidades humanas del pasado y del presente. El mismo lo confiesa en su escrito sobre la Nochebuena, aquel 24 de diciembre en que perdió a su padre en la hacienda de Santa Ana.

"¿Fue un bien, fue un mal? Infancia sin Nochebuena no es infancia, pero vida aislada no es vida y únicamente el dolor bien manejado es el gran destructor del egoísmo".

Se llamaba Francisco de Paula Rueda, como nuestro entrañable contemporáneo, prematuramente desaparecido, con quien solemos identificarlo por asociación de ideas. Jurista, por sobre todo, y colombiano cabal. De los escritos publicados con ocasión de su muerte flota un hálito de rectitud, de energía, de probidad intelectual, que nos hace añorar las costumbres de los viejos radicales. Magistrado y ministro de Estado, no tuvo empacho en plena juventud en enrolarse en las filas del ejército constitucional contra la dictadura de Melo. Un episodio inenarrable, que nunca aparece en los escritos de su hijo, lo consagra desde entonces a la admiración de sus contemporáneos. El duelo que se ve obligado a librar contra un soldado, después de las batallas de Zipaquirá y Tíquiza. Así lo relata un testigo: "Entre ellos iba Rueda incorporado a un grupo de valientes que, perseguidos de cerca, comprendían que había gran interés en alcanzarlos. Llegados al primer declive de la Cordillera que forma el Páramo de Chaleche, fueron rodeados repentinamente por un cuerpo de caballería enemiga al mando de cierto renombrado jefe cuyas hazañas sembraban el espanto y el estrago en los Departamentos del Norte. No había modo de salvarse: combatir parecía inútil. Los compañeros de Rueda confiaron su salvación a las aguas de un pantano vecino, donde no podía penetrar la caballería, y a él se arrojaron. Rueda se detuvo, dio frente al enemigo, y arrojando una de dos lanzas que llevaba, empuñó reciamente la otra y esperó. Un espectáculo sublime tuvo lugar entonces. Aquel mancebo valeroso, de pie sobre el declive de la montaña, iluminado el rostro por el sol de occidente, trémulo el labio, fija y altiva la mirada, recibió el empuje violento de su contrario, que, fiero en su caballo, pasó desgarrándole el vestido y rozándole el costado con su lanza. Terrible momento! Todos se detienen, los unos entre las aguas, los otros a distancia, y miran asombrados el combate singular. El jefe, que siente en ese instante sobre sí la mirada de todos, amigos y enemigos, detiene su caballo, lo revuelve y parte furioso sobre el temerario adolescente. Este le espera de nuevo, crúzanse las lanzas, y el formidable jefe, desarzonado y herido de muerte, cae a tierra arrojado por su caballo, que huye asustado, como si sintiera temblar el suelo al iracundo esfuerzo de los héroes".

¿Por qué nunca se refirió don Tomás Rueda Vargas a este episodio de la vida de su padre en sus escritos, cuando, si bien es cierto que no lo conoció físicamente, jamás pudo ignorar este relato de una hazaña que cualquier familia guardaría preciosamente en los anales de su estirpe? El hecho es aún más extraño habida cuenta de que sus herederos, al rastrear póstumamente sus papeles más íntimos, hallaron un opúsculo que contiene, entre otras anécdotas, divulgadas al cumplirse el primer aniversario de su muerte, ésta gesta del Páramo de Chaleche. Tampoco trajo a cuento, en sus múltiples críticas a la clase emergente de su tiempo, aquel otro episodio de corte romano, cuando el doctor Rueda ejercía la Magistratura Judicial. El afán de mantener al día su despacho lo obligaba muchas veces a trabajar en su casa hasta altas horas de la noche. En alguna ocasión, tratándose de un juicio en el que una de las partes era conocida de su esposa, ésta se atrevió a inquirir su opinión acerca del estado del juicio. Grande fue su sorpresa cuando el doctor Rueda por única respuesta le manifestó que al día siguiente renunciaría a su cargo, ya que por debilidad había permitido que ojos distintos de los su-

yos se posaran sobre el expediente en su propio hogar. Qué contraste con nuestra época, cuando los diarios de Bogotá anticipan el alcance de las sentencias, aún antes de ser pronunciadas, gracias a la indiscreción femenina que tiene vínculos con el redactor de la página judicial!

La omisión del duelo heroico entre su padre y el soldado de Melo es tanto más notable cuanto que, al referirse a Melo en otros escritos, como que flota una cierta admiración por el guerrillero. Admiración sobre todo por el jinete, con quien tiene en común el amor por la Sabana y por los caballos.

"El general Melo, dice don Tomás, era por sobre todo, un gran jinete; de ahí su popularidad en la Sabana. A nadie cedió él el cuidado de sus caballos y de sus arreos. Por no exponerlos a las plagas de las tierras calientes no se movió de la altiplanicie en los ocho meses que duró la guerra y este amor fue su perdición. Facatativá, donde las aguas y los pastos son buenos, fue su Capua, y cuando por todos los puntos le cerraron las tropas constitucionales, apenas presentó tímidamente sus caballerías renombradas en los llanos de Chamicera. El 4 de diciembre, al sentirse abandonado, perdido, bajó las escaleras de su cuartel de San Francisco, las mismas que todas las mañanas subía el zaino para mirarse en el espejo de su amo, y mató a sus caballos favoritos con su propia mano. Luego trepó a la glorieta. Por sobre el humo del combate echó una última mirada cariñosa y honda a la Sabana, nodriza de sus buenos caballos, sobre cuyo piso blando y elástico se resorta y se hamaquea el potro fino con la suavidad de una berlina, a esa Sabana que engarzó a la corona española un puñado de jinetes caballeros en corceles árabes, acabados de abandonar por los moros en las dehesas de la sierra de Córdoba y de la Vega de Granada, antepasados lejanos de su zaino y de su overo... y libre ya del mayor de los temores que afligen a todo montador de sangre: que un chambón pueda usar sus cabalgaduras, izó bandera blanca y se entregó sin condiciones al enemigo".

Entre tantos libros como se han escrito recientemente sobre los dictadores tropicales, difícilmente se encuentra una página más afortunada sobre el estilo de los nuestros y, en particular, de este general Melo, militar de renombre, que acabó siendo fusilado en tierras mexicanas al servicio de la causa liberal. No es el dictador tropical. No es el dictador millonario. No es el dictador sediento de sangre, de la verdad y de la ficción latinoamericana, sino el dictador "sui géneris" de la Colombia mulata, mestiza y tropical cuyo centro de gravedad fue, durante el Siglo XIX, esta Sabana de Bogotá, entre moderada y escéptica, pero que le dio a la Nación entera un sello peculiar, ese talante caballeroso y legalista, que singulariza a Colombia entre las naciones del Continente. Por sobre todo, el común denominador, como ya lo hemos anotado, fue la pobreza. Nunca se podrá adelantar una investigación seria sobre la vida de los colombianos sin este signo que determina los rasgos más característicos de nuestra vida pública y privada. Ni palacios ni grandes mansiones, al estilo de los mexicanos, los peruanos o los argentinos. Callejuelas estrechas, con casuchas encaladas en donde las familias prominentes educaban a los hijos en un ambiente de austeridad. Si algunos sectores de la ciudad se conservan, por su carácter histórico, ello se debe más a su antiguedad que a cualquier mérito artístico. Y si el pueblo colombiano fue dócil hasta el 9 de abril de 1948, ello se debió, en no pequeña parte, a la pobreza y resignación colectiva frente a desigualdades, que no eran escandalosas. De la

misma manera los pueblos asiáticos, sumidos en las plantaciones de arroz con el agua a la rodilla, nunca se levantaron contra sus amos europeos hasta cuando la inflación, provocada por la guerra y la ayuda norteamericana, los hizo despertar de su letargo. Si algún día los historiadores del futuro, al lado de las estadísticas sobre el producto interno bruto, o el ingreso per cápita, quieren buscar una interpretación de la vida colombiana, tendrán forzosamente que recurrir a crónicas tan veraces como éstas sobre la Sabana en donde se describe una vida casi pastoril en un medio en donde el caballo y el asno fueron, después de la tierra, el signo aparente de riqueza y el símbolo del status social. Nadie comprendió tan cabalmente como don Tomás Rueda Vargas este proceso de identificación del hombre con el paisaje. Por ser Colombia una Nación paupérrima, el colombiano sobre su cabalgadura fue, desde la Colonia hasta bien entrada la República, la estampa del poder económico y político, imagen del amor y de la guerra, lo mismo en la Sabana que en el Llano, en las regiones escarpadas de Antioquia, los Santanderes y Nariño, en la región de la Costa Atlántica y en el Valle del Cauca. El estribo de cobre, los zamarros de piel de león, la silla de Chocontá, tanto como la estirpe del caballo, daban cuenta de la preminencia de su dueño, que, por lo general era algún terrateniente, con grado de militar en la última guerra civil, o un obispo de muchas campanillas o el tronco de una familia patriarcal. Y porque estaba en la conciencia de las gentes el carácter rural de nuestra sociedad la novelística colombiana se circunscribió, por más de un siglo, a episodios de la vida campesina. Un explicable anhelo de evasión inducía a los narradores a evitar los tópicos urbanos. Solo en casos aislados, como el de José Asunción Silva con su lamentable novela "De sobremesa", nuestros ingenios literarios jamás se ocuparon de la vida en las ciudades. Ya bien entrado el Siglo XX, al agudizarse los conflictos sociales, se perdió el temor a describir la vida citadina, con todo su conjunto de desigualdades económicas e injusticias consiguientes. Don Tomás Rueda Vargas, con su incomparable don de la gracia para el relato y una capacidad, rara en nuestro medio, para describir con una sola pincelada cualquier situación, hubiera podido inmortalizar nuestra Sabana vinculándola a algún personaje imaginario, al estilo de Martín Fierro o Martín Garatuza, que representaron para su época la más afortunada interpretación de sus patrias. Quienes lamentan que tal cosa no ocurriera, atribuyéndosela al desorden natural de los métodos de trabajo de don Tomás Rueda Vargas, no se detienen a pensar que, quizá su pluma difícilmente hubiera conseguido superar, en el género costumbrista, el "Rejo de enlazar", el "Moro", la "Manuela" y otras semejantes, que hoy solo leen los eruditos. En cambio tuvo el talento de recoger en fogonazos fotográficos las escenas claves de su propia vida y de la historia de Colombia. La religión, cuando sorprende al pariente descreído, rezando de rodillas la plegaria nocturna. La infancia, cuando describe la hospitalidad santafereña de la casa de su madre, a donde llegaban, cargados de regalos, los parientes de provincia. La galantería de entonces en las palabras del guerrillero al pedir a su ordenanza: "La capa, las pistolas y un ramo de rosas". El patriotismo en aquel cura Romero que en la Iglesia de Socha, encierra sus feligreses y los obliga a despojarse de sus ropas, para vestir a los soldados de la División Santander, en vísperas de la batalla del Pantano de Vargas y Boyacá. Es fama que algunos de entre ellos pelearan con camisas de mujer en la batalla que selló la Independencia de Colombia. El honor, en la figura de Sardá

con su cabeza pregonada y puesta a precio, que recorre en la noche la ciudad, para que los intrusos no le falten al respeto a sus hijas. El amor en la relación fantástica del matrimonio del teniente coronel don Juan Tolrá con doña Teresa María Antonia de los Dolores Villa, muchacha perteneciente a familia de rancio abolengo. En fin, la muerte en la figura de Nariño despidiéndose de sus buenos amigos del pueblo y sentado en la amplia silla frayluna esperando la muerte, arropado con el capote de Calibío, hasta cuando sus manos dejaron desgranarse sobre la manta el Cristo que trajeron desde Galicia los abuelos. Todos los sentimientos humanos fueron descritos de mano maestra por su pluma, como si aquel modelo de ciudadanos y de padres de familia, hubiera sido guerrero, conquistador de provincias y de mujeres, empresario afortunado o tronera manirroto, poeta y compositor en los saraos. Nada escapó a su percepción y supo transmitir a varias generaciones de colombianos sus enseñanzas con el ejemplo inimitable de su vivir. Con razón Eduardo Santos, en el prólogo a la edición póstuma de sus obras dice:

"Si pudiera ver hoy Tomás el prestigio que rodea su nombre, las varias ediciones de sus obras, el interés cada día mayor que ellas despiertan, la manera como guardan su memoria cuantos a su lado trabajaron, sentiría no poca sorpresa. Sabía que los suyos, y con ellos media docena de amigos, no lo olvidarían jamás, y eso le bastaba".

Este ciclo de conferencias que, por una deferencia de su descendiente, me corresponde inaugurar, demuestra de qué manera su prestigio se acrecienta con la distancia y no es media docena de amigos sino centenares de admiradores y de discípulos quienes mantienen el culto por su obra y por su persona. Desaparecieron ya sus contemporáneos y contertulios, la ciudad de sus afectos es otra, en donde Santa Ana es apenas un nombre pero somos muchos todavía quienes conservamos intacto el afecto por su sombra y la de su "encomendera", como llamara alguna vez a doña Margarita Caro de Rueda".

Alfonso López Michelsen